



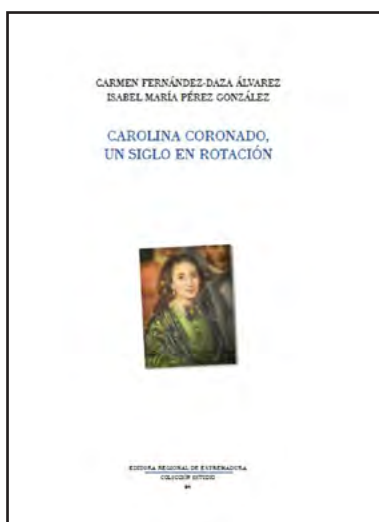
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 30 (2024)

Carmen FERNÁNDEZ-DAZA e Isabel PÉREZ GONZÁLEZ (2023), *Carolina Coronado, un siglo en rotación*, Mérida, Editora Regional de Extremadura (Colección Estudio, 64), 947 pp.



Está de enhorabuena la crítica interesada en la obra y vida de la romántica extremeña Carolina Coronado (Almendralejo, 1820 – Lisboa, 1911) ya que se acaba de publicar el volumen más completo, hasta la fecha, sobre la escritora. Quien conozca tanto los trabajos de Carmen Fernández-Daza como los de Isabel María Pérez González sabe que ambas son dos de las mayores expertas biógrafas de Coronado.

Sumado a este vasto compendio sobre la vida de la romántica, que busca instituirse, en los términos empleados en la edición, como «la biografía definitiva de Carolina Coronado» durante mucho tiempo (p. 10), se deben contar otros títulos previos en la trayectoria bibliográfica de las investigadoras, igualmente destacados para la crítica centrada en la figura de la extremeña, a saber: *La familia de Carolina Coronado* (2011) y *El paseo epistolar de Carolina Coronado* (2015), de Fernández-Daza, o *Carolina Coronado. Del Romanticismo a la crisis fin de siglo* (1999) y «Carolina Coronado y Horacio Perry en el contexto político del siglo XIX» (2012), de Pérez González.

En *Carolina Coronado, un siglo en rotación*, ambas reúnen y amplían los datos históricos compilados, por separado, a lo largo de sus años de investigación filológica sobre Coronado, para presentar el perfil más completo de la poeta que cantaba a «la flor del agua». Las dos entrecruzan sus

firmas en la composición de los diferentes epígrafes de este trabajo; un total de veinte apartados que intentan mantener un concienzudo y esmerado orden cronológico cuyos títulos, ya significativos, son los siguientes: «*Esa estrella también hoy te ha llevado a la comarca donde yo he nacido*: la familia de Victoria Carolina» (pp. 11-62), «*A la orilla del Gévorá sonoro*: Carolina Coronado, vecina de Badajoz» (pp. 63-129), «*Es la mujer poeta planta extraña*: Carolina Coronado y la naciente sociedad de poetisas» (pp. 131-203), «*En Badajoz. Los años del Liceo*» (pp. 205-269), «*Y de este siglo que me decís malvado*: elegías para héroes entre la maldición del Romanticismo» (pp. 271-323), «*Alberto*» (pp. 325-351), «*No olvidaré las fuentes bulliciosas*: el viaje a Andalucía» (pp. 353-388), «*Del valle entre los árboles y flores*: Los Genios Gemelos en los campos de Nogales» (pp. 389-423), «*En el Liceo de Madrid*» (pp. 425-443), «*Como timones destrozados los cetros a las playas sacudidos*: las tormentas de 1848 y la luz de Cádiz» (pp. 445-497), «*Una tan solo reservó el destino, página en blanco para mí guardada*: una narradora establecida en Madrid» (pp. 499-592), «*Horacio Perry*» (pp. 593-636), «*Enlace Perry-Coronado*: la odisea de una boda» (pp. 637-667), «*Y ya, señora Perry*» (pp. 669-685), «*Terciando en la Diplomacia*» (pp. 687-716), «*Una nueva hora en los Perry*» (pp. 717-749), «*A vueltas con la Diplomacia*» (pp. 751-797), «*Años inciertos*» (pp. 799-846), «*Desde Lisboa*» (pp. 847-880) y, por último, el epígrafe «*De retorno a Extremadura*» (pp. 881-912), que cierra el libro.

Los apartados compuestos por Fernández-Daza llevan versos de Carolina Coronado en su título y representan la mayoría de los capítulos que dan forma a la primera parte del estudio; es decir, los apartados que van desde el primero al decimoprimer, exceptuando los epígrafes cuarto, sexto y noveno que están firmados por Pérez González. El resto, a partir del epígrafe n.º 11 hasta el vigésimo, está rubricado por esta última.

Hay un elemento que proporciona mayor calidez y cohesión al conjunto: las citas que abren cada uno de los capítulos del libro pertenecen a trabajos de ambas investigadoras. Así, los paratextos escogidos por Fernández Daza en sus epígrafes aluden al trabajo *Carolina Coronado. Del Romanticismo a la crisis fin de siglo*, de Pérez González; mientras que las seleccionadas por Pérez González refieren a *La familia de Carolina Coronado* de Fernández-Daza, en un claro guiño más a modo de espejo de esa red de asociacionismo femenino que tejó Coronado en vida con amigas como la asturiana Robustiana Armiño (1821-1890) o la italiana Ángela Grassi (1823-1883); todas ellas escritoras que la historiografía literaria ha unido para siempre bajo el apelativo de «hermandad lírica» —de la que Coronado fue nexo y estandarte—, término acuñado por vez primera por Antonio Manzano Garías, en 1969, tal y como explica Fernández-Daza (p. 243).

Si bien algunos datos que aparecen en la biografía ya habían sido revelados en estos mismos trabajos previos, el volumen brilla por la cantidad y exactitud de otras referencias históricas que se mencionan a lo largo de este por vez primera, prueba del laborioso trabajo de revisión de archivos familiares privados, correspondencia de la autora y diversas fuentes históricas documentales, de las que se da buena prueba en la bibliografía empleada, al final del libro (pp. 913-947). Por ejemplo, figuran en esta lista bibliográfica numerosas fuentes manuscritas como el Archivo Diocesano de Badajoz, el Archivo Histórico Municipal de Almendralejo o de Villanueva de la Serena —cuna de la familia paterna de la romántica—, documentos parroquiales como los procedentes de la Parroquia de Nuestra Señora de la Purificación de Almendralejo, boletines provinciales como el Boletín Provincial de Badajoz; además de la mención a publicaciones periódicas de la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional (donde no solo se citan periódicos madrileños sino gacetas provinciales) o algunos manuscritos de la Real Academia Española; por ejemplo, el caso del Ms. 368 correspondiente al diario (compuesto entre 1832-1863) de Nicomedes Pastor Díaz, íntimo amigo de Coronado y del que se extraen importantes referencias que

complementan y completan la visión externa de la escritora en la sociedad madrileña de la época.

Las referencias históricas están cuidadas al milímetro y debidamente indicadas. Es imposible, por lo vasto del compendio, dar cuenta aquí del número valioso de datos sobre la vida de la autora que se mencionan, pero sirva un ramillete de ellos para hacernos una idea de la joya bibliográfica ante la que nos encontramos para el futuro de los estudios centrados en Coronado y, en términos generales, para los estudios de la literatura decimonónica en nuestro país. En este sentido, destacan algunos aspectos de la vida de Coronado que delimitan su carácter biográfico en el plano de lo personal y de lo público.

En el ámbito personal, sobresalen los prolegómenos que describen el seno familiar donde Coronado nació, marcado por una buena posición social de poder y bonanza económica por ambas partes de su familia, agudizada más quizá en la parte materna gracias a la herencia acumulada por Pedro Romero de Tejada, abuelo de Coronado; o el compromiso político de la familia paterna, evidenciado en el carácter de su padre, el liberal moderado Nicolás Coronado, que explicará una parte del origen de las ideas políticas de su familia (p. 54 en adelante, capítulo primero) y la posterior cercanía ideológica de la escritora con Isabel II. También son dignas de mención las múltiples referencias que explicitan el apego de Coronado a Extremadura y a su naturaleza, motivo recurrente en su obra literaria, que le acompañaría a lo largo de su vida y hasta su misma muerte (capítulos segundo y octavo, pp. 63-129 y 389-423, respectivamente). De igual forma llama la atención el capítulo dedicado a la estancia de la romántica en Sevilla y Cádiz (capítulo X, pp. 445-499), entre 1848 y 1849, que constata la importancia de la ciudad de Cádiz para la autora y la mirada abierta al Atlántico, antes de que esta regresara a Badajoz e inmediatamente después se estableciera en Madrid, a inicio de 1851, y conociera al diplomático estadounidense Horacio Perry un año después.

Asimismo, Pérez González acentúa la audacia manifestada tanto por parte de su marido Horacio Perry como de ella misma a la hora de formalizar su matrimonio, apresuradamente, en Gibraltar en 1852 y las circunstancias que lo ensombrecieron y rodearon (cap. XIII, pp. 637-667), o el rastreo de los años finales de la vida de la autora y la correspondencia establecida con miembros de la sociedad norteamericana, como Wheelwright o Longfellow, compañeros de su marido en sus tiempos de estudio en Harvard.

En el plano social, sobresalen los episodios que relatan sus silencios públicos como escritora (por ejemplo, p. 681, capítulo XIV); en especial, el ocurrido después de 1852 y hasta 1857, de casi cinco años de duración, hasta que vuelve a aparecer en *La Discusión* de mano de Emilio Castelar como protagonista una vez más de las biografías literarias difundidas en la prensa madrileña del momento. O, también, los silencios mantenidos a lo largo de su correspondencia y tutela poética y editorial con Juan Eugenio Hartzenbusch antes de la publicación del segundo tomo de sus poesías en 1852 (el tomo tardó siete años en publicarse desde su conclusión) y que finalmente editará Ángel Fernández de los Ríos y no el dramaturgo madrileño, según lo previsto inicialmente.

Otro aspecto importante es la transformación como escritora que sufre la extremeña en las dos décadas más importantes de su carrera, a saber: entre su primer período como escritora, en la primera mitad de 1840, hasta la segunda mitad de los cincuenta e inicio de la década de 1860. Este cambio manifestado por Coronado la llevará desde entonar el «Cantad, hermosas» en 1845 o componer su subversivo poema «Libertad», en 1846, hasta la representación de un modelo de escritura femenina que defiende fervorosamente el apego a la crianza de los hijos y al espacio doméstico del hogar; tanto es así que María del Pilar Sinués le dedicará *Premio y Castigo* en 1861 (como recoge Pérez González, p. 683, capítulo XIV). Pero también se resaltan otros rasgos de su carácter como la habili-

dad de Coronado para inmiscuirse en momentos críticos en serios asuntos políticos que atenían a Estados Unidos y España, como su defensa del abolicionismo de la esclavitud o su apoyo a su esposo en momentos claves donde peligraba su carrera diplomática. En relación con esto último, especialmente interesante es comprobar el arrojo de la autora en estos asuntos a través de una anécdota, que ayuda a completarnos, como tantas historias más recogidas en el presente trabajo, la mirada que teníamos hasta el momento sobre Coronado: la reproducción de una carta que ella misma no duda en enviar a Abraham Lincoln, en marzo de 1861, para que reponga a Perry en su antiguo cargo de secretario del consulado de Estados Unidos, del que había sido cesado por una trama de corrupción política fallada como injusta (p. 748, capítulo XVI), y cuyo objetivo consigue, como tantos otros que se marcó en vida a pesar de los amargos momentos o sucesos trágicos que atravesaba con frecuencia la romántica.

En definitiva, *Carolina Coronado, un siglo en rotación* es una obra magna de erudición filológica cuya lectura se aligera, en ciertos pasajes, gracias a la similitud con un carácter novelado del propio texto, sin llegar este a la ficcionalización de lo narrado en ningún punto.

Nos hallamos, pues, ante una biografía largamente ansiada, fruto de un ingente trabajo que condensa décadas de lectura y estudio sobre una mujer que fue, en palabras de Carmen de Burgos (p. 97), «intrépida y decidida como ninguna». Esta crónica vital de Coronado, repleta de matices y «la contradicción de todo lo viviente» (p. 10), bosqueja una compleja y completa cartografía vital de una escritora que fue tan sumamente moderna como fascinante.

Estefanía CABELLO

<https://orcid.org/0000-0003-0187-7982>